

mento quitase la vida. Pero éste es un *pudo ser* no más, que deja en pié el argumento, porque lo que consta por experiencia es, que la operación de los venenos es siempre, ó casi siempre, acompañada, ú de violentos ú de extraordinarios síntomas. Por otra parte, la propension de los enemigos de Alejandro, que eran infinitos, á fingir y creer todo lo que pudiese denigrar más y más su fama, era mucha. Juan Francisco Pico, en la *Vida* que escribió de cierto religioso amigo suyo, refiere dos opiniones que hubo en orden á la muerte de Alejandro. Una es la ya dicha del veneno; la otra es, que el demonio le ahogó, añadiendo que había hecho pacto con él de entregarle el alma como le hiciese papa. ¿No se conoce en esto que no había extravagancia ni quimera que no inventase el odio á fin de infamarle? Y nótese también, que estas dos opiniones se destruyen una á otra en cuanto á la certeza; quiero decir, si era opinable que el diablo le había ahogado, no era cierto que le había quitado la vida el veneno. Pues ¿cómo, sin ser cierto, se cree un hecho tan atroz? ¿No es grave injuria creer del prójimo un delito grave que no es cierto? ¿Qué debemos discurrir, sino que aquel delito lo inventó el odio de unos, y le hizo creer el odio de otros?

## § XL.

*Enrico VIII y Ana Bolena.*—Lo propio que á Alejandro VI sucedió por su camino á Enrico XIII de Inglaterra y á su concubina, más que esposa, Ana Bolena. Fueron estos dos personajes autores de grandes males. Tan notoria es la deshonestidad de Ana Bolena como la incontinencia de Enrico. Éste, arrastrado de una torpe pasión por aquella, repudió inicua y á la virtuosa reina Catalina; y aquella, no sólo fué cómplice en el injusto divorcio, pero despues también convencida de adulterio. Esto basta para que, áun mirados los dos precisamente por el lado de la incontinencia, quede á todos los siglos odiosa su fama. Pero Nicolao Sandero, queriendo, por un indiscreto celo, colocar la torpeza de los dos en lo sumo, confundió lo cierto con lo increíble, á que se siguió que mucho vulgo del catolicismo creyese lo increíble como lo cierto.

Dice Sandero, que el amor de Enrico á Ana Bolena, no sólo fué ilícito, sino enormísimamente incestuoso, porque mucho ántes había tenido trato torpe, no sólo con su madre, mas también con una hermana suya, llamada María. Añade que Ana Bolena (según el testimonio de su propia madre) era hija del mismo Enrico. A cuyo propósito refiere, que esta infeliz mujer nació despues de dos años de ausencia de Tomas Boleno, marido de su madre, en la corte de Paris, á donde Enrico le había despachado con una embajada, y que, volviendo Boleno á Londres, quiso repudiar á su mujer; pero el Rey interpuso su autoridad para impedirlo, y la adúltera confesó al marido que era hija del Rey la niña que hallaba en su casa; según cuya relacion, el comercio de Enrico VIII con Ana Bolena fué por tres capítulos gravísimamente incestuoso.

Por lo que mira á Ana Bolena, representa en ella desde la tierna edad una infame prostituta, pues cuenta que á los quince años entregó vilmente su cuerpo á

dos oficiales de la casa de su padre; que luego pasó á Francia, donde su impudicia fué tan pública y tan escandalosa, que por oprobrio la llamaban públicamente la Yegua Anglicana; que despues se introdujo en el palacio del rey de Francia, Francisco I, y este príncipe incurrió la nota universal de servirse de la prostituta anglicana para el deleite torpe; que vuelta á Inglaterra, y admitida como doméstica en palacio, se enamoró de ella Enrico, pero nada pudieron recabar sus porfiadas sollicitaciones, porque Ana, fingiéndose una recatadísima doncella, y haciendo servir las apariencias de honesta á los designios de ambiciosa, siempre respondió resueltamente al Rey, que sólo quien fuese su esposo había de ser dueño de su virginidad; con que el desdichado Enrico, ciego de pasión, tentó y ejecutó el divorcio con la reina Catalina, para casarse con Ana.

Nada hay en toda esta narración que no sea, ó muy difícil, ó absolutamente quimérico. El triplicado incesto de Enrico es tan irregular y tan horrible, que no se puede asentir á él sin pruebas más claras que la luz del sol. Que á su noticia no llegase, mientras duró el galanteo, la deshonestidad de Ana Bolena, habiendo sido parte en ella con notoriedad pública el rey de Francia, no es creíble; porque los desórdenes de los príncipes, siendo públicos en sus cortes, al instante pasan á las extranjeras, y especialmente si están cercanas, como la de Londres á la de Paris. Tampoco es creíble que sabiendo despues Enrico que Ana le había engañado en venderse por doncella, cuando había desahogado los primeros ímpetus del apetito, no la aborreciese y apartase de sí por lo ménos; Enrico, digo, tan delicado en esta materia, que repudió á su cuarta esposa Ana de Cleves, sólo porque supo que ántes de casarse con él había sido prometida á otro en matrimonio. Según la cronología de los historiadores ingleses, tropieza esta narración, no sólo en la inverosimilitud, mas áun en la imposibilidad; pues dicen que Ana Bolena nació el año de 507; que Enrico fué coronado rey el de 509; que el de 514 fué Ana Bolena conducida á Francia en servicio de la reina María, hermana de Enrico VIII y esposa de Luis XII; que Tomás Boleno no fué por embajador á Francia hasta el año de 515. La vuelta de Ana Bolena á Londres la colocan entre los años de 525 y 527. De esta cuenta resultan dos contradicciones manifiestas á la narración de arriba. La primera, que no pudo Ana Bolena cometer en la edad de quince años, y ántes de ir á Francia, las torpezas que le atribuye Sandero con los oficiales de la casa de su padre, pues de ocho años salió para Francia, y no volvió á Inglaterra hasta los diez y ocho ó veinte de edad. La segunda, que Ana Bolena nació, no sólo ántes que Tomas Boleno fuese á la embajada de Francia, pero ántes que pudiese ser embajador del rey Enrico; pues Enrico fué coronado el año de 509, y dos años ántes había nacido Ana Bolena. En fin, sea lo que fuere de la *Cronología anglicana*, varios autores católicos, como Natal Alejandro, en el octavo tomo de la *Historia eclesiástica*, y el padre Orleans, en el segundo de las *Revoluciones de Inglaterra*, disienten á la relacion de Sandero (1).

(1) Aunque la cronología que en este número citamos, como de autores apasionados, puede hacerse sospechosa en el asunto, pero

## § XLI.

*Mariscal de Ancre.*—La suerte ha querido que los últimos trozos de historia que insertamos en este discurso, todos sean á favor de algunos famosos delinquentes. Apenas valido alguno, desde Seyano hasta nuestro tiempo, fué tan universalmente detestado, ni con tantos motivos, si se atiende al proceso que se le hizo, como el mariscal de Ancre, llamado Concino Concini, florentin, que pasó á Francia con la reina María de Médicis, y con su favor, durante la regencia, ascendió á los primeros cargos de aquella corona, llegando á ser absoluto dueño de toda la monarquía. Su insolencia, su ambición, su crueldad, su avaricia, fueron causa de que, luego que entró Luis XIII en el gobierno, se tratase de quitarle la vida; y no atreviéndose á ejecutarlo con forma judicial y regular, por el grande poder y muchas criaturas que tenía, á uno de los capitanes de las guardias, Vitri, se dió comisión para matarle como mejor pudiese, lo que fué ejecutado á pistoletazos sobre el puente del Louvre, cogiéndole desprevenido. El furor del pueblo mostró bien el implacable y rabioso odio que profesaba al difunto valido. Tamultuariamente arrancaron del templo su cadáver, pusieronle pendiente de una horca, que el mismo mariscal había levantado para ahorcar á los que murmurasen de él; luego, descolgándole, le arrastraron por calles y plazas, dividiéronle en varios trozos, y hubo quienes compraron algunas porciones, para conservarlas como un monumento precioso de la venganza pública. Dicen que las orejas fueron vendidas á bien alto precio. El gran Preboste, que, acompañado de sus archeros, quiso contener el populacho, hubo de cejar, porque le amenazaron que le enterrarian vivo, si se adelantaba más un paso. Arrojaron las entrañas en el río, quemaron una parte del cuerpo delante de la estatua de Enrico el Grande, sobre el puente Nuevo, y algunos, cortando pedacitos de carne y turrándolos en la misma hoguera, se los comieron. Uno ostentó su rabia arrancando y comiendo públicamente el corazón. Otro, cuyo vestido mostraba ser hombre de obligaciones, entrando la mano en el cadáver, y sacándola bien ensangrentada, la llevó á la boca para chupar la sangre. Nunca el odio de algun pueblo llegó á tal grado de fiereza. Despues de muerto

en cuanto á descargar á Enrico VIII de los horrendos incestos que Sandero le atribuye, y á Ana Bolena de sus torpísimas disoluciones ántes de casarse, no disienten á los escritores ingleses muchos sinceros católicos. Moreri insinúa sobre este artículo no merece Sandero mucha fe. El obispo Bosuet, que en el primer tomo de las *Variaciones de los protestantes* dice todo el mal que justamente pudo decir de Enrico y Ana, sin callar las liviandades de ésta siendo casada, ni la más leve insinuación hace de las otras maldades; siendo así que la noticia de ellas hacia mucho á su propósito. El padre Orleans, en su *Historia de las revoluciones de Inglaterra*, libro viii, al año 1528, habla sobre el asunto lo siguiente: «Sandero refiere cosas sobre el nacimiento y conducta de Ana, ántes que fuese amada de Enrico, que no son fáciles de creer ni se fundan en buenas pruebas. Que ella fué hija de Enrico; que tuvo una hermana, de quien este monarca abusó; que se prostituyó casi desde la infancia al mayordomo y al limosnero de Tomas de Bolen, que era reputado por su padre; que habiendo pasado á la corte de Francia, Francisco I y sus cortesanos de tal modo la deshonraron, que públicamente la daban nombres infames; son cosas contra que, con algun derecho, reclaman los autores protestantes.»

F.

le hicieron la causa, que no se atrevieron á hacerle cuando vivo. Sobre que, atendidas las deposiciones é instrumentos que se presentaron, le declararon, no sólo reo de lesa majestad, mas también de profesion de judaismo y de pacto con el demonio. Poco despues, á su mujer, Leonor de Galligai, cortaron la cabeza y quemaron por los mismos crímenes.

Con todo esto, no ha faltado quien quisiese justificar al mariscal de Ancre, y no alguno que fuese hechura suya ni paisano, ni por otro algun vínculo coligado con él, sino un frances, par y mariscal de Francia, Francisco Annibal, duque de Etré, hombre famoso por sus hazañas militares y por sus embajadas, y muy instruido en los negocios de aquel tiempo. Éste, en las *Memorias* que escribió de la regencia de María de Médicis, atribuye á mera infelicidad la tragedia del mariscal de Ancre, celebra sus buenas prendas, dice que era naturalmente inclinado á hacer bien, que por esto había muy pocos que le quisiesen mal; que era dulce en la conversacion; y si bien confiesa que tenía designios altos y ambiciosos, pero añade que los ocultaba profundamente. En fin, que se le oyó decir muchas veces al Rey, que le habían muerto sin orden ni noticia suya.

Verdaderamente pasman estas contradicciones en la historia. El mariscal de Etré es testigo superior á toda excepcion. Conoció al de Ancre. En caso que recibiese de él algun beneficio, no pudo ser muy señalado; porque sus mayores ascensos, y muy correspondientes á su mérito, los obtuvo en el reinado de Luis XIII. ¿Qué diremos, pues? En estos encuentros toma la crítica el arbitrio de cortar por el medio. Es de creer que el de Ancre incurrió el odio público, ya por su supremo valimiento, que por sí es bastante para hacer á cualquiera mal visto, ya por la circunstancia de extranjero, que, junta con el poder, casi siempre produce en los que obedecen ojeriza é indignación; ya, en fin, porque abusase en algunas operaciones de su autoridad. Pero los más atroces crímenes de su proceso, se puede hacer juicio, que aunque constaron de los autos, los inventasen sus enemigos, pues entre tantos millares de ellos, y tan rabiosos, no faltarian quienes depusiesen, contra la verdad y contra la conciencia, cuanto les dictase la saña.

## § XLII.

*Urbano Grandier, y energúmenas de Loudun.*—Salga el último al Teatro, el frances Urbano Grandier, cura y canónigo de Loudun, en la provincia Pictaviense, cuya tragedia ha dado, y áun hoy da, mucho que decir dentro y fuera de la Francia. Fué este hombre de más que medianas prendas, gentil presencia, bastante docto, orador elocuente, pero amante y áun amado del otro sexo con alguna demasia. O sus prendas ó sus vicios, ó ambas cosas juntas, le concitaron muchos y poderosos enemigos, si bien más debe discursarse hácia lo primero; porque, por lo comun, más guerra hace á los hombres la envidia por lo que tienen de bueno, que el celo por lo que tienen de malo. Sucedió que todas las religiosas de un convento de Loudun parecieron energúmenas. No sé qué visos hallaron ó fingieron los enemigos de Grandier para atribuirle aquel daño. En efec-

to, hicieron pasar la noticia al cardenal de Richelieu, rey entonces de la Francia, con nombre de ministro, acusando á Grandier de hechicero y autor de la posesion de aquellas religiosas (1). Tenía el Cardenal más de un motivo para desear la ruina de Grandier. Había tenido, cuando no era más que obispo de Luzon, un encuentro algo pesado con él; pero lo que le tenía más irritado contra Grandier fué la noticia que le dieron los mismos acusadores del crimen de hechicería, de que este eclesiástico había sido autor de una sátira intitulada *La Cordonera de Loudun*, muy injuriosa á la persona y nacimiento del Cardenal. Decretó éste, que luégo se procediese á la pesquisa sobre la posesion de las monjas y hechicería de Grandier; pero salvando, ó el color ó la realidad de una justicia exacta. Señaláronse doce eclesiásticos por jueces en la causa, los cuales, hecha la pesquisa, condenaron á ser quemado vivo al desdichado Grandier, y se ejecutó la sentencia, en cuyo terrible acto mostró el reo mucha paciencia, cristiandad y constancia (\*).

Pero toda la solemnidad judicial del proceso no quitó que muchos dudasen de su justicia, y que muchos lo atribuyesen todo á artificio político, ayudado de la ilusión de unos y de la credulidad de otros. El Cardenal, que movía desde arriba la máquina, aunque dotado de muchas excelentes cualidades, era generalmente notado de ser furiosamente vengativo. No le faltaba habilidad ni poder para oprimir la más calificada inocencia con capa de justicia. Los jueces, se dice que eran buenos hombres, pero muy crédulos y de muy limitada prudencia, escogidos, por tanto, por los enemigos de Grandier. El rigor de la sentencia muestra que intervino en ella otra causa más que el amor de la justicia. Sobre todo, declara esto mismo la iniquidad cruel que con él practicaron, de precisarle, cuando quería confesarse, á confesor determinado, que él no quería, alegando que era enemigo suyo, y uno de los que más habían cooperado á su ruina. Instó sobre que se le trajese para la expiacion de sus pecados al padre guardian de los Franciscanos de Loudun, hombre docto y teólogo de la Sorbona. Pero ni fué posible conseguirse, ni que se le presentase otro que aquel que él recusaba por enemigo. Dícese que los testigos que depusieron contra Grandier fueron únicamente los mismos diablos que atormentaban las religiosas; testimonio que, por todo derecho divino y humano, debiera ser repelido. En órden á la posesion de las religiosas, se hicieron y dieron á la estampa muchas observaciones, á fin de probar que todo fué una mera ilusión. Los diablos al principio respondían en francés á lo que se les preguntaba en latin; después, que quisieron hablar algo de latin, echaban muchos solecismos; por lo que, dijeron algunos en Francia, que los diablos de Loudun eran gramáticos principiantes, que no habían llegado á la tercera clase. Hubo dos hombres advertidos que se ofrecieron á convencer de ilusión ó impostura la diablería de las monjas; pero se

(1) Por equivocacion se dijo que todas las religiosas de un convento de Loudun parecieron energúmenas. Fueron tenidas por tales algunas ó muchas de aquel convento, mas no todas.

(\*) Omítese la traduccion de una proliza nota que se insertaba aquí, tomándola del capítulo vi, libro i del *Tratado de la opinion*, por el marqués de San Aubin. (V. F.)

les amenazó tan eficazmente con la cólera del Cardenal, que uno de ellos, no atreviéndose á parar más en Francia, se escapó á Roma. Los exorcistas fueron enviados de Paris por el Cardenal; circunstancia que, adjunta al empeño que hicieron en persuadir que la posesion era verdadera, da bastante materia al discurso. En fin, en atencion á todo lo dicho, y algo más que se omite, muchos escritores, aún dentro de la misma Francia, entre ellos el docto Egidio Menagio y el eruditísimo Naudeo, se explicaron á favor de Grandier; y aún de los otros, raro hay que, tocando el punto, no hable con alguna duda.

#### § XLIII.

Hemos puesto delante al lector todas estas noticias históricas, para que vea que aún contra las relaciones más calificadas, ó por la aceptación comun, ó por la multitud de escritores, ó por actos judiciales, hay argumentos tan fuertes, que hacen retirar el entendimiento á la neutralidad de la duda, y tal vez descubren la falsedad; por donde conocerán cuán difícil sea, no sólo apurar lo cierto, mas aún señalar lo más verisímil en la historia. No por esto aspiro al pirronismo ó pretendo una general suspension de asenso á cuanto dicen los historiadores. Tiene mucha latitud la desconfianza; de modo que, colocada en un grado, es discrecion, y en otro, necedad. Es menester buscar con gran tiento los límites hasta donde puede extenderse la duda. Pero ha de procurar salirse de ella siempre que se pueda, ó por el camino de la verdad, ó por la senda de la verisimilitud.

Lo que intento es mostrar las grandes dificultades que hay en ejercer dignamente la profesion de historiador. Pide esto una letura inmensa, una memoria felicísima, una crítica extremadamente delicada. ¿Qué haré yo con leer dos ó tres autores cuando trato de averiguar sucesos que se hallen escritos en infinitos? No digo que sea preciso leerlos todos, que eso muchas veces será imposible, y respecto de aquellos que se sabe que no hicieron más que copiar á otros, superfluo; pero si todos los que son dignos de especial nota, ó por el tiempo en que vivieron, ó por la diligencia que aplicaron, ó por otras circunstancias que pudieron facilitarles más puntuales noticias. No basta leer los modernos; ántes se debe, cuanto se pueda, ir retrocediendo por la serie de los tiempos hasta encontrar con las primeras fuentes de donde bebieron los demas. Tampoco basta leer los antiguos, porque tal vez sucede que los modernos encuentran con monumentos que se ocultaron á aquellos, y tal vez también se halla que estos proponen argumentos sólidos, que dificultan ó impiden el asenso á los antiguos.

Tampoco basta leer aquellos autores á quienes cualquiera género de parcialidad pudo hacer conspirar á hacer uniformes las relaciones. La rectitud del juicio histórico pide que á todos se oiga, aún á nuestros enemigos, y se pronuncie la sentencia, no por nuestra inclinacion, si según la calidad de las pruebas.

Para enterarse de la verdad de los sucesos que refieren los autores, conduce mucho, y es casi necesario, saber los sucesos de los mismos autores, porque en ellos suelen hallarse motivos para darles ó negarles la fe. A

qué país debieron el origen; qué religion profesaron; qué faccion siguieron; si estaban agradecidos ó quejosos de alguno de los personajes que introducen en la historia; si eran dependientes ó lo fueron los suyos, etc.

Sobre todo, importa penetrar bien la índole del autor. Hay algunos que muestran tan vivamente el carácter de sinceros y hombres de verdad, que se hacen creer, aún cuando hablan á favor del partido que siguieron. En este grado podemos colocar á Felipe de Comines, nuestro Mariana y Enrico Catarino. Para lograr este conocimiento es menester singular perspicacia; porque, aunque se dice que en los escritos se estampa el genio de los autores, aún es más fácil ocultarle hipócritamente con la pluma que con la lengua. Sábese que Salustio era de relajadas costumbres; con todo, apenas en otro algun escritor se hallan tan frecuentes declamaciones contra los vicios.

La amplitud de noticias históricas que se requieren para hacer juicio seguro en cualquiera historia, ó para escribirla, es grandísima. No sólo es menester saber puntualmente la religion, leyes y costumbres de las naciones y siglos, á quienes pertenecen los sucesos, para conocer si éstos son repugnantes ó coherentes á aquellas, mas aún de otras naciones, porque frecuentemente se mezclan los sucesos de unos reinos con los de otros, ó por las negociaciones, ó por las guerras, ó por otros mil accidentes.

#### § XLIV.

Pero lo que sobre todo hace difícil escribir historia es, que para ser historiador es menester ser mucho más que historiador. Ésta, que parece paradoja, es verdadera. Quiero decir, que no puede ser perfecto historiador el que no estudió otra facultad que la historia; porque ocurren varios casos en que el conocimiento de otras facultades descubre la falsedad de algunas relaciones históricas. En cuanto á la geografía, nadie duda ser necesarísima. Polibio y Diodoro fueron tan diligentes en esta materia, que ántes de escribir sus historias pasearon los reinos y sitios que pertenecían á ellas. Hoy no es menester este trabajo; porque los muchos libros y tablas geográficas que hay, aunque muy distantes de la última exactitud, pueden suplirle.

Lo que acaso no se ha notado hasta ahora es, que otras facultades muy extrañas á la historia la sirven luces en varias ocurrencias. ¿Qué facultad, al parecer, más impertinente á la historia que la astronomía? Pues veis aquí que Quinto Curcio, por la ignorancia crasa de aquella, cayó en un error histórico. Dice, que cuando Alejandro iba caminando hácia la India, se quejaban altamente sus soldados de que los llevaba á un país donde no se veía el sol. Esta queja fuera posible si caminasen hácia el Septentrion, porque verían que, á proporcion de las jornadas, experimentaban más largas las noches; pero caminando, como caminaban entonces, hácia el Austro, cada día veían más alto el sol; por consiguiente, era imposible en los soldados aquel miedo.

¿Quién dijera que la óptica y la catóptrica, lo mismo puede decirse de otras facultades matemáticas, podían servir á la historia? Pues vé aquí que por la óptica se reconoce ser imposible lo que Valerio Máximo y otros

cuentan de aquel hombre llamado Estrabon, que desde el promontorio Lilibeo, en Sicilia, veía y contaba las naves que salían del puerto de Cartago; por cuanto á tanta distancia, la imágen que podria formar cada nave en la retina, precisamente habia de ser minútísima, y por tanto, insensible. Asimismo por la catóptrica se conoce, ó la imposibilidad, ó la suma dificultad de los espejos con que se cuenta querró Arquimedes las naves de Marcelo. Esto se entiende en suposicion de que la distancia de las naves al muro fuese de treinta pasos ó más. Véase lo dicho arriba.

Finalmente, para decirlo de una vez, como los sucesos humanos, que son el objeto de la historia, pueden tener respecto á los objetos de cuantas facultades hay, ninguna se hallará, cuya noticia no pueda conducir para examinar la verdad de algunos hechos.

#### § XLV.

Lo que resulta de todo lo dicho es, que se pone á una empresa arduísima el que se introduce á historiador; que esta ocupacion es sólo para sugetos en quienes concurren muchas excelentísimas cualidades, cuyo complejo es punto ménos que moralmente imposible; pues sobre la universalidad de noticias, cuya necesidad acabamos de insinuar, y que en poquitos se halla, se necesita un amor grande de la verdad, á quien ningun rēspeto acobarde; un espíritu comprehensivo, á quien la multitud de especies no confunda; un genio metódico, que las ordene; un juicio superior, que según sus méritos las califique; un ingenio penetrante, que entre tantas apariencias encontradas discierna las legítimas señas de la verdad de las adulterinas; y en fin, un estilo noble y claro, cual al principio de este discurso hemos pedido para historia. Quien tuviere todas calidades, *erit mihi magnus Apollo*.

Todo esto consideramos preciso para componer un historiador cabal. No ignoro que en muchas materias debemos desear lo mejor, y contentarnos con lo bueno ó con lo mediano; mas esto debe entenderse respecto de aquellas facultades en que es inexcusable la multitud de profesores. Cada pueblo, pongo por ejemplo, necesita de muchos artífices mecánicos; y no pudiendo ser todos, ni aún la mitad, excelentes, es menester que nos acomodemos con los que fueren tolerables. Pero ¿qué necesidad hay de multiplicar tanto las historias, que hayan de meterse á historiadores los que carecen de los talentos necesarios? ¿Qué ha hecho la multitud de historias, sino multiplicar las fábulas? Júzgase comunmente, que para escribir una historia no se necesita de otra cosa que saber leer y escribir, y tener libros de donde trasladar las especies. Así emprenden esta ocupacion hombres llenos de pasiones y pobres de talentos, cuyo estudio se reduce á copiar sin exámen, sin juicio, sin estilo, sin método, cuanto lisonjea su fantasia ó favorece su parcialidad.

De aquí depende hallarse tantos libros llenos de prodigios que jamas existieron. Todo lo maravilloso, aún prescindiendo de que haya otro particular interes en referirse, deleita al que escribe y al que lee. Esto basta para que aquel, en caso que no lo finja, lo copie y esfuerce

como si fuese cierto, ó por lo ménos probable. Interésase en el halago de su imaginación cuando lo refiere, y en hacer su historia más atractiva para los que pueden leerla. Si después algún escritor de juicio, con buenos fundamentos, impugna alguna de estas patrañas, le dan en los ojos con una infinidad de autores, tratándole

de temerario, porque contradice á tantos. Y estos tantos, bien mirado, vienen á ser uno sólo, que inventó la fábula ó la tomó de un vano rumor del vulgo, porque los demás son unos meros copiantes, que no se cargaron de otra obligación que trasladar lo que hallaron escrito. Mas basta ya de historia.

## RESURRECCION DE LAS ARTES Y APOLOGÍA DE LOS ANTIGUOS.

### § I.

Uno de los delirios de Platon fué, que absuelto todo el círculo del año magno (así llamaba á aquel grande espacio de tiempo en que todos los astros, después de innumerables giros, se han de restituir á la misma posición y orden que ántes tuvieron entre sí), se han de renovar todas las cosas; esto es, han de volver á parecer sobre el teatro del mundo los mismos actores á representar los mismos sucesos, cobrando nueva existencia hombres, brutos, plantas, piedras; en fin, cuanto hubo animado é inanimado en los anteriores siglos, para repetirse en ellos los mismos ejercicios; los mismos acontecimientos, los mismos juegos de la fortuna que tuvieron en su primera existencia.

Este error, á quien unánimes se oponen la fe y la luz natural, tiene tal semejanza con una sentencia de Salomon, tomada según la corteza, que puede servir de confirmación á los que juzgan que Platon tuvo algún estudio en los libros sagrados, y trasladó de ellos muchas cosas que se hallan en sus escritos, aunque por la mayor parte viciadas. Dice Salomon, en el capítulo primero del *Eclesiastes*, que «no hay cosa alguna nueva debajo del sol; que lo mismo que se hace hoy es lo que se hizo ántes y se hará después; que nadie puede decir: esto es reciente, pues ya precedió en los siglos anteriores». Pero los sagrados intérpretes, examinando el intento de Salomon en aquel capítulo, hallan su sentencia ceñida á muchos más angostos límites que la platónica, como que sólo haya querido que se repiten en el discurso de los siglos los mismos movimientos celestes, las mismas revoluciones elementales; y en orden á las cosas humanas se observe la misma índole de los hombres en unos siglos que en otros, las mismas aplicaciones; que, finalmente, en lo que pende el discurso de la fortuna y el albedrío, haya bastante semejanza entre los tres tiempos, pasado, presente y futuro; pero con algunas excepciones.

### § II.

La excepción que principalísimamente señalan es en orden á los nuevos descubrimientos en las ciencias y artes. La experiencia parece muestra en esta materia muchas cosas totalmente incógnitas á los pasados siglos; y la persuasión, fundada en esta experiencia, se

fortifica mucho con la preocupación en que están comúnmente los hombres, de que los genios de nuestros tiempos son, para muchas cosas, más vivos, más penetrantes que los de nuestros mayores; concibiendo en éstos unos buenos hombres, cuyas especulaciones no pasaban más allá de lo que inmediatamente persuadian las representaciones de los objetos en los sentidos.

Pero el concepto que se hace de la menor habilidad de los antiguos es totalmente errado. Nuestros mayores fueron hombres como nosotros, dotados de alma racional de la misma especie que la nuestra, á quien, por consiguiente, eran connaturales todas las facultades ó virtudes operativas que nosotros poseemos. Los efectos asimismo lo acreditan en los ilustres monumentos, que nos han quedado de su ingenio, respecto de algunas artes. ¿Qué cosa hay en nuestro siglo, que pueda competir los primores de la poética y oratoria del siglo de Augusto? ¿Qué plumas tan bien cortadas para la historia, como algunas de aquel tiempo? Retrocediendo dos ó tres siglos más, y pasando de Italia á Grecia, se hallan en aquella región floreciendo en el más alto grado de perfección, no sólo la retórica, la historia y la poesía, mas también la pintura y la escultura. En las ciencias teóricas, es preciso que concedan grandes ventajas á los antiguos todos aquellos que no quieren que nos apartemos ni un punto de espacio de la dialéctica, física y metafísica de Aristóteles. Y los que en este tiempo se oponen á Aristóteles, buscan el patrocinio de otros filósofos anteriores, especialmente el de Platon. Acaso fueran preferidos á Aristóteles y á Platon otros filósofos de aquella remota antigüedad, si hubieran llegado á nosotros sus escritos. Si son verdaderas las noticias que nos han quedado de la penetración de algunos de ellos, ciertamente se infiere que su conocimiento físico era muy superior al de todos los filósofos de este tiempo. De Ferecidas, maestro de Pitágoras, se refiere, que probando la agua de un pozo, predijo que dentro de tres días habria un terremoto, lo cual sucedió. Otra predicción semejante, comprobada también con el éxito, se cuenta de Anaximandro, príncipe de la secta jónica. De Demócrito se dice, que presentándole un poco de leche, ó con su inspección, ó con la prueba del paladar, conoció ser de una cabra negra, que no habia parido más que una vez; y que, á una mujer, á quien la tarde antecedente habia saludado como virgen, *Salve, virgo*, porque de hecho lo era entonces, viéndola á otro día, usó en la salutación

de voces, con que notó haber sido violada aquella noche, *Salve, mulier*, lo que después se verificó.

### § III.

Una ventaja no puede negarse á los modernos para adelantar más que los antiguos en todo género de ciencias; pero debida, no á la habilidad, sino á la fortuna. Ésta consiste en la mayor oportunidad que hay ahora de comunicarse mutuamente los hombres, áun á regiones distantes, todos los progresos que van haciendo en cualesquiera facultades. El mayor comercio de unas naciones con otras, y la invención de la imprenta, hicieron á nuestro siglo este gran beneficio. Algunos antiguos filósofos lograron cierto equivalente en los viajes que hacían á aquellas regiones donde más florecían las letras, para consultar á sus sabios. Especialmente los de Grecia era frecuente pasar á comunicar los de Egipto. Pero hoy se logra mucho mayor fruto, y con mucho menor fatiga, teniendo presentes dentro de una biblioteca, no sólo los sabios de muchas naciones, más también de muchos siglos.

La falta de imprenta, que dificultaba la comunicación recíproca de los antiguos, casi del todo cortó la de los antiguos con los modernos. Muchos de aquellos nada escribieron, temerosos de que, por la grave dificultad que habia en multiplicar ejemplares, se sepultasen luego en el olvido sus escritos; y faltándoles el cebo de la fama, no es mucho que mirasen con desamor la fatiga. Otros escribieron, pero cayeron en el inconveniente que á los primeros movió á no escribir.

De aquí viene el que necesariamente ignoremos á qué términos se extendió el conocimiento de los antiguos en varias materias, y por una retorsión injusta transferimos á ellos nuestra ignorancia, pretendiendo que se les ocultó todo aquello que á nosotros se nos oculta si lo supieron ó no.

Para desagravio, pues, de toda la antigüedad, á quien injuria este común error, sacaré aquí al *Teatro* varios inventos, pertenecientes á distintas facultades, tanto prácticas como especulativas, con pruebas legítimas de que su primera producción fué muy anterior al tiempo que comúnmente se les señala por data. Así se verá, no sólo que el ingenio de los antiguos en nada fué inferior al de los modernos, mas también que los modernos injustamente se jactan de inventores en muchas cosas, de que realmente lo fueron los antiguos.

### § IV.

*Filosofía*.—Empezando por la filosofía, es cierto que la que se llama moderna (esto es, la corpuscular) es más antigua que las que hoy se llaman antiguas. Hiciéronla, no nacer, sino resucitar, en el siglo pasado Bacon de Verulamio, Gasendo, Descartes y el padre Maignan; pues su primera producción se debió á Leucippo, maestro de Demócrito y anterior algunos años á Platon. Algunos le dan mucho mayor antigüedad, derivándola de Mosco, filósofo fenicio, que floreció ántes de la guerra de Troya.

Aun las máximas que, como especialísimamente suyas, ostentó Descartes, es probabilísimo que no fueron legítimamente adquiridas por sus especulaciones, sino robadas á otros autores que le precedieron. Jordan Bru-

no, filósofo napolitano, y Juan Keplero, famoso matemático alemán, habian escrito claramente la *Doctrina de los turbillones*, á que está vinculado todo el sistema cartesiano. Así, el doctísimo Pedro Daniel Huet, en su *Censura de la filosofía cartesiana*, no duda afirmar, que Descartes fué en esta y otras cosas copista de Keplero, si bien que ni áun á éste quiere dejar en la posesión de autor de los *Turbillones*, pues les da mucho más antiguo origen, atribuyéndolos á Leucippo, de quien hablamos en el número antecedente. A la verdad, en la doctrina de este filósofo, propuesta por Diógenes Laercio, se hallan delineados con bastante claridad aquellos portentosos giros de la materia en que consiste el sistema de Descartes. De modo que, á esta cuenta, Descartes robó á Keplero, lo mismo que Keplero habia robado á Leucippo. Posible fué (no lo niego) que á estos tres sabios, sin valerse de luces ajenas, ocurriese el mismo pensamiento; pero por lo ménos contra Descartes está la presunción, porque por una de sus cartas consta que manejó las obras de Keplero.

Otros muchos robos literarios imputaron á Descartes algunos enemigos suyos, entre los cuales se cuenta, que todo lo que dijo de las ideas lo tomó de Platon. Pero valga la verdad: no hay ni un rastro de semejanza entre lo que el antiguo griego y el moderno frances escribieron sobre esta materia (1).

### § V.

*Medicina y anatomía*.—En cuanto á medicina y anatomía hay tanto que decir de los que se creen nuevos descubrimientos, y no lo son, que Teodoro Jansonio imprimió un libro en Amsterdam sobre este asunto, el año

(1) A las doctrinas filosóficas que en el citado lugar señalamos como de invención anterior á los modernos que se creen autores de ellas, añadiremos algunas otras.

La materia sutil, que se juzga producción de Renato Descartes, quieren muchos haya sido conocida de Platon, Aristóteles y otros antiguos, debajo del nombre de *éter*, á quien daban el atributo de quinto elemento, distinto de los cuatro vulgares. Mas, á lo ménos por lo que toca á Aristóteles, se padece en esto notable equivocación. Conoció sin duda este filósofo, y habló de la materia etérea como de cuerpo distinto de la agua, la tierra, el aire y el fuego; pero dejándola en las celestes esferas, de quienes la consideró privativamente propia, como sería fácil demostrar exhibiendo algunos lugares suyos. Esto dista mucho de la doctrina de Descartes, que hace girar y mover incesantemente su *materia sutil* por todo el mundo sublunar, penetrando todos los cuerpos, mezclándose con todos y animándolos, digámoslo así, de modo, que sin ella se reduciría á una estúpida y muerta masa el resto de los demás cuerpos. Ni áun de Aristóteles consta liquidamente si tuvo á la materia etérea por fluida ó sólida, y yo me inclino más á lo segundo.

Mas, ya que no en Aristóteles, en otro filósofo antiguo, en Crisippo, hallamos la materia sutil en la forma que Descartes la propuso, ésta es mezclada con todos los cuerpos. Así lo testifica Diógenes Laercio, alegado por el padre Regnault. El autor de la *Filosofía mosaica*, citado por dicho padre, atribuye la misma opinión á los pitagóricos; el que aquellos filósofos, que quisieron establecer una alma común de el mundo, en esa alma entendieron lo mismo que Descartes en su materia sutil, como pretenden algunos modernos, nos parece nada verisímil.

Aunque se crea que Galileo descubrió en el siglo pasado el peso de el aire, ya en otra parte hemos escrito que Aristóteles lo conoció; pues afirmó que un odre lleno de aire pesa más que vacío. Su compresibilidad y expansibilidad alcanzó Séneca; con que no pudo ménos de alcanzar la elasticidad. *Aer, dice, spissat se, modò expandit.... aliàs contrahit, aliàs diducit.* (Libro v, *Natural. quæst.*)